



El Hospital Z. La Maldición  
Negra. Al Final del Túnel.

JAMES BLACK

PEDRO SUÁREZ OCHOA

JAMES BLACK: El Hospital Z. LaPedro Suárez Ochoa &  
Maldición Negra. Al Final del Túnel. Rossneida Hurtado de Suárez

**JAMES BLACK**

**El Hospital Z.  
La Maldición Negra.  
Al Final del Túnel.**

Pedro Suárez Ochoa.

Pedro Suárez, 2017.

**Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, o por cualquier almacenamiento de importación o sistema de recuperación sin permiso escrito del autor.**

Editorial: PIEDRA DEL MEDIO.

Ciudad Bolívar-Venezuela.

Primera edición: 2019.

## Contenido.

### JAMES BLACK

#### (El Hospital Z)

#### Capítulo I

#### Capítulo II.

#### Capítulo III.

#### Capítulo IV.

#### Capítulo V, Adentro de la Bestia.

#### Capítulo VI.

#### Capítulo VII, La Morgue.

#### Capítulo VIII.

#### Capítulo IX.

#### Capítulo X. La Maldición Negra.

#### Capítulo XI.

#### Capítulo XII.

#### Capítulo XIII.

#### Capítulo XIV.

#### Capítulo XV.

#### Capítulo XVI.

#### Capítulo XVII.

#### Capítulo XVII.

#### Capítulo XVIII.

#### Capítulo XIX.

#### Capítulo XX.

Capítulo XXI.

Capítulo XXII.

Capítulo XXIII.

Capítulo XXIV. Hacia el Final del Túnel.

Capítulo XXV.

Capítulo XXVI.

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII.

Capítulo XXIX.

Capítulo XXX.

Capítulo XXXI.

Capítulo XXXII.

Capítulo XXXIII.

Capítulo XXXIV.

Capítulo XXXV.

**JAMES BLACK**  
**(EL HOSPITAL Z)**  
**CAPÍTULO I**

La tarde estaba cayendo y el cielo se tornaba rojizo mientras James Black tenía un ligero temblor en su mano derecha, iba a bordo de un Halcón Negro de la Armada de los Estados Unidos. Llevaba casi un mes con aquel temblor y de empeorar tendría que visitar al médico, odiaba los hospitales o cualquier cosa que albergarse personas enfermas, en especial si el enfermo era él.

—Es el estrés—habló Kay Richards quien observaba el temblor de Black.

James sintió vergüenza al ser descubierto por quien sería su compañero en aquella nueva misión.

—Sí, creo que necesito algunas vacaciones—respondió James llevando su mano izquierda a la mano derecha, a fin de ocultar su temblor.

—Te recomiendo Los Roques, es una isla—sugirió Kay

— ¿Los Roques?

James nunca había escuchado tal isla.

—Sí, es una isla de Venezuela. Todo un paraíso, compañero.

—Venezuela...últimamente he escuchado mucho de ese país—expresó James mostrando indiferencia.

El Halcón Negro estaba llegando al lugar de la misión, una ciudadela con no más de siete mil habitantes en Nuevo México. Paradójicamente James y

Kay tenían que adentrarse en un hospital abandonado: "Hospitales, si no los busco, ellos me encuentran", pensó James y ya el temblor había desaparecido de su mano. El helicóptero empezó a aterrizar, levantando una gran nube de polvo que dificultaba la visión. El cabello rubio de James ondulaba desordenadamente por el viento que generaba las alas rotatorias de la nave.

Después de lo de **PHARMASIN** en **Fire City**, el gobierno de US se tomaba muy en serio cualquier indicio o rumor acerca de laboratorios ocultos de experimentación genética. Los informes de inteligencia de la CIA indicaban que en los últimos tres meses hubo un movimiento muy grande de importación de equipos de laboratorio de avanzada tecnología, importados en su mayor parte desde el Japón y Finlandia, además de ello, la "Nitroxen Company" había aumentado su producción de nitrógeno líquido, gracias a la alta demanda en ese mismo estado al sur de los Estados Unidos.

"Bienvenidos a La Hacienda, 8 Km", rezaba un letrero en una resquebrajada carretera cerca del lugar donde había aterrizado el helicóptero.

—Hasta aquí los lleva el taxi, amigos—dijo un marine con facciones asiáticas quien parecía disfrutar que James y Kay tuviesen que caminar ocho kilómetros hasta el pueblo.

—Gracias por el aventón—dijo James amablemente; a él no le importaba caminar.

La Hacienda era un pueblo que estaba en la mira de una poderosa corporación con el objetivo de extraer petróleo del subsuelo con el método de fracking,

método que es altamente destructivo y contaminante. James y Kay se harían pasar por ambientalistas contra el uso del fracking, haciendo proselitismo por todo el pueblo para evitar que los habitantes vendiesen sus casas a esa corporación petrolera, la cual había ganado la licitación del gobierno de USA. A James le parecía muy gracioso que el Tío Sam les enviase a ellos para proteger a los norteamericanos de posibles brotes virales y a la vez daban permiso para que las grandes empresas petroleras fracturaran el subsuelo. “Políticos, nunca los entenderé”, se dijo James, y no siguió dándole vueltas a la paradoja del asunto.

Kay y James emprendieron la marcha hacia el pueblo, llevaban ropa alusiva a la ficticia ONG que representaban, junto a un par de graciosas gorras de color verde al muy estilo de “Green Peace”.

—Llegaremos a la noche—dijo Kay.

—Ojalá sea un pueblo amable y no como aquel pueblo de España—comentó James.

—España es un gran país, compañero. Con gente extraordinaria.

—No digo lo contrario Kay, pero aquella gente, de ese pueblo en específico...

—Sí, te entiendo compañero. La verdad no me importa la gente, solo espero que tengan un buen hotel y cervezas bien frías.

—Amén.

Cuando hubieron recorrido dos kilómetros, una camioneta ranchera de color rojo de último modelo se detuvo ante ellos. El vidrio del copiloto se abrió y



mostró a una mujer rubia muy bella que llevaba un sombrero vaquero de color blanco.

—Buenas tardes, caballeros, ¿desean un aventón?—preguntó la rubia.

—Por supuesto, señorita—contestó Kay, quitándose la gorra para inclinar la cabeza en señal de saludo.

Los dos agentes abordaron la camioneta. Ambos se sentían incómodos por la belleza de aquella mujer, no se esperaban a una mujer tan linda y atractiva en La Hacienda y menos que los recogiera en plena carretera.

—Vamos, ¿no hablan ustedes?—comentó la mujer después de avanzar medio kilómetro.

—Es que...—alcanzó a decir Kay pero sin terminar la frase.

—Ya sé, esperaban que quien les diese un aventón para el pueblo fuese un tosco vaquero con los dientes negros de tanto mascar tabaco, oliendo a estiércol y a gasolina y conduciendo una vieja Ford de los años 60 ¿No es así?

—Je, je. Pues sí, es así señorita—respondió Kay inmediatamente.

James solo se limitó a sonreír sobre el asunto como lo pintaba aquella hermosa rubia, y ella le arrojó una exhaustiva mirada al agente Black.

—Disculpe usted...somos dos hombres locos que andan por el mundo tratando de salvarlo de los poderosos—dijo James viendo hacia el frente de la carretera y alternando su mirada hacia la rubia mujer.

— ¡Ahhh, ambientalistas!—expresó la mujer en tono irónico. —Bueno, eso es obvio, tienen aspecto de

Green Peace.

—Nosotros somos independientes—intervino Kay sonriendo y mostrando orgullo al decir la palabra “independientes”. —Y nuestro único frente de batalla a diferencia de Green Peace es evitar el...

—El fracking—completó la frase la mujer. —Ya han venido muchos por aquí intentando evitar que la población vendan su casas—la rubia no dejaba de mirar al frente del volante. En su tono de hablar aún no mostraba si estaba a favor de las petroleras o si por el contrario formaba parte de la gente en resistencia directa contra el fracking. —Verán vaqueros, este es un pueblo extraño, que no sé si vale la pena defender...

— ¿Extraño, por qué?—preguntó James.

—No sé, pero la mayoría de la gente es como si no tuvieran alma, como si hubiesen perdido la chispa de la vida. Solo es un ir a trabajar, comer, beber cervezas y dormir. Ya sé que esperan saber cuál es mi posición frente a las petroleras.

— ¿Y cuál es?—preguntó Kay.

—Pues bien chicos, en lo que concierne a mí, me da igual, y si las petroleras ofrecen a mis padres y a mí una buena pasta, nos largamos de aquí.

Hubo un silencio de cómo un minuto después que la mujer dijera aquello. Lo cierto era que James y Kay tampoco le importaba un pepino que las petroleras se quedaran con todo, su misión era investigar aquel hospital abandonado, pero era muy difícil llevar la conversación hasta allá y sacarle tema al asunto no sin antes levantar sospechas de que eran agentes encubiertos. Pero la descripción de la población que

aportó la mujer le hizo recordar de manera precisa a la gente de aquel pueblo en España, los cuales eran así: "gente sin alma".

—Por cierto chicos, no nos hemos presentados—dijo la mujer. —Mi nombre es Jennifer, pero con Jenny es suficiente.

—Mi nombre es Kay, y el grandote es James.

—Un placer—dijo James, viendo al rostro agradable de Jenny, y ella despegó un segundo la mirada del volante para ver a aquel hombre rubio que no tenía aspecto de ambientalista sino de un guapo atleta olímpico.

— ¿Y cuánto tiempo se quedarán por el pueblo?—preguntó Jenny.

James respondió:

—Tal vez seis semanas, o más, si fuese necesario.

—Mmm...ok. Bueno espero duren dos semanas, todos los ambientalistas que vienen se comportan como caza-recompensas. Meten un poco de presión a la "Mineral Company" y esta termina pagándole unos miles de dólares y se marchan para siempre. En fin, no es mi problema, todo el mundo quiere agarrar su tajada y no culpo a nadie. Solo digo que sería interesante ver a unos ambientalistas de corazón que le hagan frente a esa poderosa empresa. Verán, solo me quiero divertir un poco, aquí no hay mucha diversión que digamos.

James y Kay se miraban los rostros, sabían que tenían que hacer su papel de ambientalistas lo mejor posible y si hay algo en lo cual no iban a ceder, era

en aceptar un puñado de dólares por parte de la mencionada empresa.

—Haremos nuestro mejor intento—señaló Kay.

— Por cierto, ¿dónde se piensan quedar?—preguntó Jenny y sin esperar una respuesta continuó diciendo: —Mi casa está a la orden, no es un palacio, pero tiene buenas habitaciones y agua caliente y por unos pocos dólares adicionales mi madre les dará desayuno y cena.

—Muchas gracias, Jenny, lo tendremos en cuenta... pero nos vamos a quedar en un hotel que se llama... déjame ver—James buscaba en el bolsillo de su chamarra marrón un papel con el nombre del sitio.

— ¿El Sueño de Edén?—adivinó Jenny.

—Sí, ese mismo—dijo James y dejó de buscar en su bolsillo.

—Bueno allí se encuentran alojados los que serán sus enemigos. Allí están los representantes de la Mineral Company, que cada día intentan convencer a la población de vender sus casas; y vaya que han tenido éxito, un tercio se ha largado de aquí con al menos 200 mil dólares en el bolsillo. ¡Nada mal, eh...!

Cuando Jenny terminó aquella frase ya estaban entrando al pueblo. La noche había terminado de caer y en las calles no había muchos carros circulando y apenas algunos transeúntes estaban caminando por las aceras. El ambiente era triste, era como si ese pueblo ya estuviese condenado hace muchos años atrás. El aspecto de las casas y de los pequeños edificios era poco menos que moderno, no eran desde luego esas viejas casas de madera que se ven en las

películas del viejo oeste, para nada, pero el lugar tenía un urbanismo con aspecto de los años 1950.

En los pequeños edificios quedó como testimonio que un tiempo atrás el pueblo tuvo una abundante prosperidad. James había leído que la Hacienda era un pueblo que había vivido de la extracción de la plata en unas minas que estaban a pocos kilómetros de la ciudad, pero como todo recurso no renovable algún día se tenía que acabar, y con la última libra de plata que extraída se había ido para siempre aquel milagro económico. En principio se estimó que las minas tenían plata para unos veinte años, y con eso podían invertir en otras industrias, pero la plata solo duró seis años y todos los proyectos para industrializar y desarrollar La Hacienda se fueron por el caño.

—Queremos tomar un par de cervezas bien frías antes de ir al hotel—comentó Kay quien estaba sediento ante el calor típico de Nuevo México.

—Lo que usted diga, mi capitán—expresó Jenny haciendo una parodia de saludo militar. —A tres cuadras del hotel, hay un bar que vende las cervezas más frías de toda La Hacienda.

—Muy bien por ese bar—dijo Kay.

La ranchera roja se detuvo frente bar antes descrito, y Jenny se despidió con sincera amabilidad:

—Bien, vaqueros, que disfruten la noche. Les deseo mucho éxito.

—Gracias Jennifer, has sido todo un ángel con nosotros—dijo James al bajarse de la camioneta.

— ¡Sí Jenny, eres todo un ángel!—expresó Kay bur-lándose de su compañero.

Jenny sonrió ante la actitud de Kay y también por el leve codazo, de manera disimulada, que le había dado James a su compañero por burlarse de él.

Cuando la camioneta se marchó, Kay dijo:

—Vamos James, te gusta la rubia.

—Mmmm, es linda—dijo James intentado no darle importancia al asunto.

El bar tenía unas luces de neón al frente que tintineaban de tal manera como si fuesen a quemarse. Una vez adentro, Kay y James, se sorprendieron porque el lugar era limpio y bien cuidado—ellos esperaban un tético bar con olor a cerveza agria y a orina—no obstante, todos los muebles tendrían al menos unos cincuenta años de antigüedad, incluso, estaba sonando una vieja rocola con alguna canción deprimente que James no alcanzó a reconocer.

—Queremos dos cervezas, bien frías—pidió Kay al cantinero, el cual era un hombre obeso que sostenía una mirada inquisidora sobre ellos.

El cantinero colocó dos tarros grandes de cerveza helada sobre la barra y simplemente se quedó allí, viendo fijamente a James y Kay.

—¿Green Peace?—preguntó de repente el obeso hombre.

—No, pero casi—contestó Kay. —Muy buena cerveza, por cierto.

—Si vienen a tratar de convencernos de que no vendamos nuestras casas, están perdiendo el tiempo—gruñó el cantinero.

—La única batalla perdida, es la que no se pelea—replicó James bebiendo un sorbo de cerveza helada

de su tarro.

El bar no estaba muy lleno, apenas un puñado de hombres repartidos en algunas mesas que al parecer estaban tomando desde temprano por su aspecto de somnolientos.

— ¡Maldito, comisario!—expresó un hombre de color que se acababa de sentar a la barra muy cerca de James. —Me ha multado por aparcar mi carro frente a ese maldito hospital abandonado, como si alguna ambulancia fuese a llegar allí.

—Ya conoces al viejo Tom, está enchapado en la vieja escuela—intervino el cantinero obeso, sirviendo a la vez un trago de whisky seco al hombre de color. Con seguridad el cantinero conocía muy bien los gustos de sus clientes.

— ¿Green Peace?—preguntó el hombre de color viendo de arriba abajo a James y a Kay.

—Algo así—respondió James y alargó su mano derecha. —Mucho gusto, James. Y este es mi compañero Kay.

Luego el hombre de color extendió su mano hacia James y hacia Kay.

—Vicent—se presentó. —Bienvenidos a La Hacienda.

—Gracias—expresó James, estrechando fuertemente la mano de Vicent y luego preguntó: ¿Hay un hospital abandonado aquí?

—Sí, es nuestro único atractivo turístico—dijo con ironía. —Han venido hasta escritores de novelas para inspirarse con ese tétrico lugar. Todo el mundo dice que inspira miedo. En mi opinión es solo un viejo edificio que debió ser demolido hace mucho tiempo.